



Maurice Echeverría examina la novela más reciente de Eduardo Halfon (Guatemala, 1971). En sus páginas, nos adelanta, encontraremos la lejanía y el desencuentro que caracteriza su obra.

Prosa para un fantasma

Con *La pirueta*, Eduardo Halfon ganó el XIV Premio José María de Pereda, bajo la lupa de un jurado que incluye a Almudena Grandes y Andrés Trapiello. Y al pie de la presea, unos 30 mil euritos.

La pirueta (publicado pulcramente por *Pre-Textos* y coeditada por la librería *Sophos*, que sabe dónde poner su sello) es una novela encantadora. Así es como Halfon se va saliendo poco a poco, lenta y milimétricamente, del formato del cuento, corto o largo, en el cual corría el riesgo de quedar atrapado. Se nota en este libro esa tendencia de Halfon a ser estrepitosamente literario (nos recuerda a Juan Manuel de Prada, en una medida) en contraposición a esa clase de escritores que parecen guiados por una agenda interior más vaga, visceral, artaudiana, errática, nada, justamente, literaria. Literaria aquí no quiere decir enredada, para nada: *La pirueta* es un libro construido a partir de escenas vivas y divertidas que se desenvuelven con facilidad para el

lector a través de una estructura sin rodeos. La historia empieza en Antigua, en medio de lo que es claramente el Festival Paiz, pasa a otro momento en donde se convierte en una novela epistolar (y no *emails*, sino, preincaicamente, postales), se convierte en el *portrait* sentimental de un narrador fascinado por un personaje hermoso, lejano, imposible, como en un libro de Conrad. El objeto de tanta fascinación es aquí un músico serbio vagamente gitano, un gitano que no lo es por entero, y allí está que la novela termina oníricamente en Serbia, con un guatemalteco entre gitano entonces, lo cual es bastante relato. Un final por cierto magnífico. Un final sin final, como muchos en Halfon. A ese final Halfon nos lleva con impecabilidad y ningún aburrimiento, a pesar de que siempre va frenando, pues Halfon escribe pendiente de que no le pille el radar del exceso. En cuanto al narrador, es él mismo, Eduardo, Eduardito, ya que Halfon se siente siempre muy có-

nidad a fuerza de palabras, y eso crea un efecto humorístico y lúdico. Como sea, las referencias están allí, y en especial en *La pirueta* vinculadas a todo el rollo gitano, su mitología y sus músicos legendarios recogidos en un prontuario sobre todo sentimental. ¿Sería mucho decir que los gitanos fueron los otros grandes perseguidos en los campos de la muerte, y que por eso el judío –involuntario, tal vez, pero igual judío– Halfon se ha dejado magnetizar por ellos? Los gitanos... y Theloniuous Monk, un *alien*, el último gitano cósmico, dando vueltas para siempre. La búsqueda del narrador de un músico sin patria ni raíces se transforma en un viaje fantasmal, y hasta un poco tonto (¿qué mayor torpeza puede darse que la de un guatemalteco en un grupo de gitanos, después de todo?). Fantasmalidad, lejanía. En Halfon hay siempre una ambición de desencuentro, un punto de exilio interior o geográfico, un punto de fuga en su diáspora íntima. Tal vez por eso varias de sus historias se hacen en lugares que no son Guatemala, y por eso Halfon, Eduardo, Eduardito, es un poco nuestro propio Pitul. ■

LA PIRUETA, DE EDUARDO HALFON. EDITORIAL PRE-TEXTOS, 2010. 152 PÁGINAS

modo en su primera persona. Surge, eso sí, una especie de bilocación, en donde un Eduardo quiere ponerse del lado del autor, y otro Eduardo quiere ponerse del lado del personaje. El efecto es interesante. En términos generales, el narrador se presenta a sí mismo como alguien inteligente: por tanto, la novelita está moteada de agudezas y referencias civilizadas, pero sería injusto catalogarla de pretenciosa. De hecho, el narrador es inteligente en referencias pero torpe en otras cosas, y lo confiesa (como cuando entrando al aeropuerto de Belgrado, le dan ganas de llorar). Hay un pequeño perdedor allí que quiere salvar su dig-

T. Maurice Echeverría e_memo@live.com
F. Eny Roland ehernandez@sigloxxi.com
I. Alejandro Azurdia aazurdia@sigloxxi.com

GALERÍA

■ CONCLUYE EL FESTIVAL DE JUNIO

El Ballet Moderno y Folklórico presenta la danza del festival organizado por el Centro Cultural

za etnodramática quiché-achí *Urram*, con la cual cierra las actividades de la VI edición Miguel Ángel Asturias.



Durante el mes, más de medio centenar de eventos artísticos alimentó el programa del Festival de Junio. Cine, teatro, canto, música y danza fueron los pilares de la agenda. Hoy concluye esta fiesta cultural, con la obra *Urram*. La pieza es una coreografía de Julia Vela, dirigida por Lucía Armas, directora del Ballet Moderno y Folklórico.

Desde su fundación, en 1964, el Ballet ha participado en festivales folclóricos, tanto locales como extranjeros. El grupo dancístico ha recibido la Orden del Quetzal (en 2004) y en 1993 fue declarado Patrimonio Cultural de la Nación.

Antes de la danza *Urram*, el Grupo de Proyección Folklórica Zoel Valdés se presentará con un repertorio que incluye siete diferentes piezas, las cuales hablan de distintas regiones del país: Estampa de San Luis Jilotepeque, Danza de las guacamayas, Niño santísimo de Quetzaltenango, Enamoramiento en zarabanda (de Rabinal), Danza del Quije (Baja Verapaz), Fiesta Mengala (Jalapa) y Estampa de la aldea Los Esclavos (Cuilapa, Santa Rosa).

El repertorio del grupo Zoel Valdés se presentará a las 11 a.m., en el Teatro de Cámara Hugo Carrillo. La admisión es de Q25. ■



teatronacional.com.gt



HOY

Gran Sala Efraín Recinos, del Centro Cultural Miguel Ángel Asturias. Q50 y Q30 estudiantes con carné y adulto mayor. El programa incluye un repertorio de marimba en la primera parte, seguida de la presentación de la danza *Urram*. Habrá juegos pirotécnicos y venta de comida típica. A las 11 a.m. se presenta el Grupo de Proyección Folklórica Zoel Valdés, en el Teatro de Cámara (Q25).

T. José Luis Escobar jescobar@sigloxxi.com
F. Cecilia Cobar ccobar@sigloxxi.com